

## *Los historiadores y la urgencia*<sup>1</sup>

### Una contribución a la reforma del plan de estudios de Historia a la luz de la pandemia

#### Reflexiones de urgencia

El 29 de marzo, apenas una decena de días después de declarado el aislamiento obligatorio en la Argentina, veía la luz *Sopa de Wuhan*. Esta compilación virtual de acceso gratuito reunió artículos periodísticos y ensayísticos de quince intelectuales europeos y estadounidenses que reflexionaban sobre la inédita coyuntura mundial abierta por la circulación del COVID-19 (Amadeo, 2020a). La amplísima difusión que alcanzó localmente *Sopa de Wuhan*, a los pocos días de su publicación, es sintomática de la candente demanda social de respuestas en un clima de aguda incertidumbre. Pablo Amadeo, responsable de la edición en tiempo récord y profesor de Comunicación Social en la Universidad Nacional de la Plata, contó que

Entre el sábado 28 a las 16 hs y el domingo 29 a las 20 hs, leí todos los materiales, los organicé, hice la puesta en página, diseñé la portada, confeccioné el PDF y comencé a compartirlo con mis contactos por WhatsApp. Tres horas después, cerca de la medianoche, me estaba escribiendo con gente de México, Colombia, España. (citado en Heinrich, 2020)

La premura del trabajo editorial y de la escritura de los aportes que componen la entrega dan cuenta de un clima intelectual de profunda urgencia. El propio Amadeo confesaría luego en *Fiebre*, segunda entrega consagrada a autores latinoamericanos, que su primera compilación, “en tanto discurso sobre un fenómeno tan novedoso e impactante, es aún una voz balbuceante; una suerte de bestiario, un catálogo de hipótesis” (Amadeo, 2020b: 13).

Max Murmis

Estudiante de Historia (FFyL, UBA)  
[murmismax@gmail.com](mailto:murmismax@gmail.com)

1. Agradezco a Sofía Friedländer, Iván González, Juan Lipsich, Florencia Manolakis y a mis profesores Martha Rodríguez y Gabriel Di Meglio por tomarse el tiempo de leer este artículo y aportar sus valiosos comentarios

Efectivamente, el tono “balbuceante” de estas tempranas intervenciones hoy se percibe en la obsolescencia de algunas explicaciones, como la “invención de la epidemia” de Giorgio Agamben o el “golpe al capitalismo estilo Kill Bill” de Slavoj Žižek.

Pero a pesar de la impertinencia que pueda atribuirse a estos tempranos aportes, la iniciativa ha sido muy valiosa. *Sopa de Wuhan* es tan solo una manifestación de un fenómeno mayor: la aparición de un verdadero concierto de aportes intelectuales de urgencia. No solo caben filósofos en esta oferta de respuestas: la pandemia supuso un verdadero desafío para las Ciencias Sociales, poco acostumbradas a ofrecer respuestas en tiempo real pero urgidas por la necesidad de contribuir a la interpretación de una realidad tan incierta como inédita.

La Historia ha tenido su lugar en este concierto. En la Argentina, cabe destacar la inclusión de dos artículos de Ariel Petruccelli en el también influyente *Fiebre*, quien interpreta el confinamiento como una reacción desmedida, alimentada por el pánico y la hipocresía de unas clases medias y altas obsesionadas por su propia seguridad pero indiferentes a la salud de las masas (Amadeo, 2020b: 119 y 131); como la publicación en *La Nación* de una entrevista a Peter Frankopan, historiador inglés que ve en la pandemia una profundización del —ya preexistente— traslado del centro de gravedad geopolítico hacia el continente asiático (Alconada Mon, 2020); como la entrevista realizada por la revista *Noticias* a Maximiliano Fiquepron, quien compara la pandemia actual con los brotes de fiebre amarilla y cólera en la Buenos Aires de fines del siglo XIX, objeto de una investigación recientemente publicada (Lorusso, 2020); o como la realización del ciclo “Intelectuales e Historiadores en tiempos de crisis global” de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Salta, en la que se entrevistó a historiadores/as de renombre como los argentinos Raúl Fradkin, Sara Mata, Alejandro Cattaruzza y los italianos Carlo Guinzburg y Giovanni Levi (Clio Dialoga, 2020).

Si echamos un vistazo a otros países latinoamericanos, pueden hallarse intervenciones similares.<sup>2</sup> La Asociación Chilena de Historiadores (2020), por ejemplo, ha difundido gratuitamente la recopilación “Historiadoras e historiadores locales frente a la pandemia”, compuesta exclusivamente por aportes originales de historiadores. La Universidad Nacional de Colombia (2020) organizó un ciclo de conferencias virtuales a mediados de 2020, con la intención de reflexionar desde una mirada histórico-conceptual sobre el amplio espectro de pensamiento político que ha vigorizado la pandemia. En conjunto, estas iniciativas dan cuenta de la voluntad de poner la investigación

2. Por supuesto, un inventario exhaustivo de estas intervenciones excede las posibilidades de este ensayo. Se incluyen aquí meramente algunos casos ilustrativos.

académica al servicio de la urgencia, ya sea interviniendo activamente en el debate público, con el afán de disputar significados que le competen a la Historia, ya sea orientando las investigaciones en curso hacia las demandas de la coyuntura.

Lamentablemente, este puñado de intervenciones ocupa un lugar marginal en la prensa: en unos medios inundados por la intervención de infectólogos, periodistas, politólogos y economistas cuesta hallar aportes de historiadores de formación. Ello no se explica por una falta de demanda de respuestas históricas. De hecho, en los últimos meses, las observaciones que apelan al pasado en clave explicativa del presente se hicieron cada vez más frecuentes en los medios de comunicación argentinos, fundamentalmente en formato comparativo. Ello es visible tanto en las reiteradas referencias a brotes infecciosos del pasado (como la Peste Antonina del siglo II, la Peste Negra del siglo XIV, la fiebre amarilla de Buenos Aires o la gripe española de 1918-1920), como en las también frecuentes alusiones a otras grandes depresiones del último siglo, de las que se espera extraer claves para una salida a la crisis en curso (principalmente, a la Gran Depresión iniciada en 1930 y a la depresión europea causada por la Segunda Guerra Mundial).

Sin embargo, estas comparaciones han sido escritas en general por individuos ajenos al campo historiográfico: periodistas, economistas, politólogos. Es lógico que ellos carezcan del dominio de las reglas del oficio del historiador: las referencias al pasado forman parte de la labor periodística, pero no así el conocimiento de las fuentes o de los problemas epistemológicos que atañen a la disciplina. Se trata de discusiones que sin duda un especialista podría enriquecer si aportara el conocimiento histórico del área de su dominio.

¿Cómo explicar esta ausencia relativa de historiadores de formación? Ciertamente, en parte se produce por una falta de convocatoria. Los grandes medios de comunicación pueden ser reacios a darle lugar a los historiadores, por una variedad de razones: por considerarlos poco accesibles en sus intervenciones, por falta de afinidad ideológica, por la desconfianza en la utilidad de la Historia para hacer la realidad más inteligible... Pero esta falta de convocatoria no alcanza para explicar esta magra intervención. Si los investigadores escriben poco en la prensa, es también por el persistente prejuicio que pesa sobre la Historia Pública.<sup>3</sup> Quizá la expresión más cabal de este prejuicio la haya brindado Tulio Halperín Donghi en una entrevista de 2008:

3. Este término, que cobra creciente vigor en la historiografía anglosajona en detrimento del término "divulgación", designa al conjunto de actividades orientadas a acercar los conocimientos académicos al gran público.

## *Los historiadores y la urgencia*

Y una de las cosas que caracteriza al historiador es que tiene que darse cuenta de que, a pesar de que entra en el pasado a partir del presente, el pasado no es el presente. Eso es básico. Pero la opinión de la gente es que si el pasado no es el presente entonces no le interesa [...]. No hay ninguna razón para que la gente compre libros de historia [...]. Por mi parte, debo decir que me parece que es un poco una pérdida de tiempo... (citado en Rodríguez, 2019)

Pero al no intervenir en un contexto que demanda conocimientos históricos, los historiadores dejan un vacío en el momento en que más candente es la contienda. De ningún modo alcanza con desacreditar estas voces desde lejos. Si se considera que ellas tergiversan el conocimiento histórico existente, hace falta ir a disputarlas. En definitiva, el discurso histórico es siempre una arena de lucha por los usos políticos del pasado (Sánchez Marcos, 2009). Que los medios otorguen poco lugar a los historiadores es parte de esta lucha; pero este límite, que no depende de los historiadores, se torna difícil de superar si no se revierte ese persistente prejuicio.

Pues esta reticencia a intervenir en los medios de comunicación es sintomática de las jerarquías implícitas que atañen a nuestra profesión, según las cuales se valora el trabajo de investigación por sobre la docencia y la divulgación (Di Meglio, 2016: 60). Tales jerarquías abonan a la idea de una rígida distinción entre los actores constructores de saber histórico (un “adentro” académico, supuestamente portador de un saber fundado, y un “afuera” no académico, supuestamente infundado), lo cual conspira contra la incursión de historiadores en espacios no académicos y contribuye al distanciamiento entre la producción académica y la realidad social (Cattaruzza, 2017).

Y esta distancia, por cierto, contradice el propio discurso legitimador de nuestra disciplina. El pedagogo español Javier Merchán Iglesias (2005) ha estudiado el discurso legitimador con el que los historiadores han tendido a defenderse frente a los embates de disciplinas que dudaban del estatus científico y la utilidad social de la Historia como disciplina escolar. En el núcleo de tal discurso, el autor identifica una razón instrumental: la Historia sería una disciplina indispensable porque provee herramientas específicas para la comprensión crítica del presente. El argumento pretende desligar a la disciplina de la vieja concepción memorista, nacionalista y elitista que la signó durante gran parte del siglo XX; y dotarla, por el contrario, de una aplicabilidad real. De este modo, si se enseña Historia es porque los estudiantes *necesitan* de ella para entender y eventualmente transformar la realidad social.

Pero el autor observa una preocupante contradicción: no parece haber una correspondencia necesaria entre el grado de progresismo de un docente y su voluntad de poner en práctica métodos pedagógicos que se adecuen a tal fin. Más bien parece primar la continuidad de métodos añejos, que poco contribuyen a difundir el sentido político que el docente proclama para su enseñanza. La Historia escolar, de este modo, parece inmersa en una “contradictoria convivencia entre deseo y realidad” (Merchán Iglesias, 2005: 25).

Aún si Merchán Iglesias reduce su planteo al espacio escolar, cabe pensar si tal contradicción no se percibe también entre un discurso académico transformador y una producción que se vuelca de forma insuficiente en el “afuera”. Un historiador que percibe su disciplina como una herramienta de transformación social queda a mitad de camino si no piensa en los mecanismos con los que su labor contribuirá a tal transformación. En los términos de Álvaro Matute: si el historiador tan solo comunica sus hallazgos a sus semejantes, “la Historia gana en rigor, pero se enajena” (2007: 4). Ciertamente el sentido político del quehacer historiográfico puede admitir infinitas respuestas, de la motivación más altruista a la más egoísta, del programa más conservador al más revolucionario. Pero a lo que no puede renunciar un investigador es a distribuir sus hallazgos en la sociedad que lo financia.

De hecho, la reflexión sobre la aplicabilidad de las Ciencias Sociales estuvo en el centro de un debate público reciente en la Argentina. Cuando en 2016 las redes sociales se vieron inundadas por impugnaciones al programa de financiación del Conicet, la Historia y las demás Ciencias Sociales se hallaron ante el desafío de justificar públicamente su utilidad. En una de las intervenciones más interesantes de este debate, Ezequiel Adamovsky (2016) arguyó que la aplicabilidad práctica de la investigación social no puede pensarse de manera inmediata ni individual, pues cada proyecto se enmarca en programas más amplios cuya utilidad se manifiesta tan solo luego de un ejercicio de ensamblaje de los avances acumulados. Pero los contextos de urgencia aceleran los tiempos de este ensamblaje: ¿en qué momento será más necesaria esa transferencia al campo público si no es en una urgencia como esta? Sería un error desdeñar estos cuestionamientos como una simple avanzada partidaria, pues elevan interrogantes importantes que el campo historiográfico tiende a desatender. La pregunta “¿para qué sirve financiar la investigación histórica?” debiera estar vigente al interior del campo, independientemente de quién la formule.

Frente al peligro de un distanciamiento entre la producción académica y las demandas sociales, el fortalecimiento de la Historia Pública se presenta como una respuesta posible. Por supuesto, esto no significa de ningún modo desprestigiar la investigación. De lo que se trata es de preocuparse por lograr que el gran público pueda acceder a los hallazgos de la investigación: evitar, en definitiva, que la academia se transforme en una máquina de producir “valor de cambio sin valor de uso” (Adamovsky, 2011: 106).

## **Aportar desde la Historia**

Estas tareas de transferencia no se reducen al campo de la prensa. Otros espacios posibles de intervención por parte de historiadores formales son aquellos que componen el ámbito de la Historia Pública: las organizaciones partidarias, los museos, los recorridos turísticos, la conducción de programas de TV, los *podcasts*, el asesoramiento en cine o en videojuegos... Pero la coyuntura pandémica, al suspender la mayoría de esas actividades, ha visibilizado a la prensa por sobre los demás.

¿Qué tiene para ofrecer la Historia académica a esta arena de disputa? La pregunta ya ha sido formulada por François Hartog hace algunos años:

Pero ese terreno de lo contemporáneo, donde el historiador no es más que un recién llegado, se encuentra ya ampliamente ocupado por otros actores, comenzando por los periodistas. Entonces, ¿cuál es el papel? (Hartog, 2010)

Ya no caben dudas, según el francés, de que las condiciones de ejercicio del oficio de historiador han cambiado radicalmente en las últimas décadas. Para dar cuenta de este cambio, Hartog recupera la categoría de “régimen de historicidad” de Reinhart Koselleck, concepto que expresa la forma dominante en que sujetos y colectivos se figuran la relación entre pasado, presente y futuro.

El autor alemán identificaba dos grandes regímenes de historicidad. El régimen antiguo se fundaba en un esquema de perpetua ciclicidad, según el cual todo nuevo suceso podía ser leído a partir de lo viejo. A la Historia le cabía un lugar pedagógico en este modelo: era la portadora de un saber anclado en el espacio de la experiencia, que indefectiblemente permitía iluminar el futuro. Experiencia (pasado) y expectativa (futuro) se confundían en esta representación circular del acaecer histórico (Mudrovic, 2013).

Pero el régimen de historicidad moderno —nacido de la Revolución Francesa— quebró dicha confusión. El desarrollo de una concepción unilineal y

progresiva del tiempo trasladó la variable temporal dominante (el pasado que todo lo explica) hacia un futuro signado por la novedad y el optimismo. La historia ya no podía ser “maestra de vida” en este esquema marcado por la primacía del futuro como orientador de la acción: la experiencia, hasta entonces fuente de lecciones destinadas a repetirse, se veía teñida ahora por la otredad (Schäfer, 2007). La profesionalización del campo historiográfico hacia fines del siglo XIX fue deudora de este proceso de escisión entre el espacio de experiencia y el horizonte de expectativas: el énfasis en la otredad del pasado subyace tanto a las corrientes historicistas, que resaltan la singularidad de todo suceso histórico y la imposibilidad de extraer lecciones aplicables al presente (cuyo mayor exponente es la pretensión de von Ranke de estudiar simplemente “cómo ocurrieron en realidad las cosas” [1949: 38]) como a las positivistas, que aun si pretenden desentrañar las regularidades de los procesos históricos las enmarcan en un esquema progresivo.

Si Hartog recupera a Koselleck es para argumentar que, a fines del siglo XX, ha ocurrido una nueva transición en el régimen de historicidad dominante:

El rápido ascenso de lo “contemporáneo” o del “presente” como categoría dominante es el primer rasgo de esta coyuntura. [...] Lo contemporáneo es un imperativo. Se ejerce una fuerte presión para que las ciencias sociales se vuelquen más hacia lo contemporáneo y respondan mejor y más rápido a la “demanda social”, a la urgencia de las situaciones, de las emociones, de las desdichas, y sepan ponerlas en cifras y en palabras. (Hartog, 2010)

El planteo es muy sugestivo: Hartog arguye que el desplome de la confianza en el futuro supuso el fin del régimen moderno y el inicio del régimen “presentista”. El modo en que las sociedades se vinculan con el tiempo ya no se funda ni en el carácter educador de la experiencia ni en la expectativa de un futuro superador: la variable temporal que concentra la atención es la urgencia de un presente dilatado e impostergable.

Se le podría objetar a Hartog que el planteo parte de premisas eurocéntricas, pues la confianza en un progreso estable era un privilegio del que tan solo unos pocos han podido disfrutar; para otros la urgencia ha sido siempre prioridad. Aun así, el concepto de “presentismo” adquiere notoria validez en un contexto en el que cambio climático y crisis sanitaria sentencian a escala global que “el futuro prometedor ha llegado a su fin” (Mudrovic, 2013: 12). Para el historiador, esta transición se expresa en una novedosa exigencia de

intervención como experto. Al conjunto de actividades ya citadas, podríamos añadir los espacios que Hartog enumera para sostener su argumentación: la intervención como testigo en un juicio y el asesoramiento en la elaboración de leyes relativas a la memoria.

La intervención del historiador en estos espacios implica una necesaria adaptación: es evidente que la lógica que rige una discusión entre especialistas no puede ser la misma que subyace a una comunicación hacia el público lego. Por ejemplo, el matiz, tan caro a la formación académica, deviene un obstáculo a la hora de emitir una sentencia judicial categórica. La imprescriptibilidad de los delitos de lesa humanidad, juicios en los que no es inusual que se convoque a historiadores como testigos, supone una atemporalidad jurídica (el criminal se mantiene “siempre contemporáneo de su crimen”) que es ajena a la lógica esencialmente dinámica con la que aquellos suelen concebir el tiempo (Hartog, 2010).

Pero esa adaptación no es necesariamente una vulgarización. Es válida la reticencia ante ciertos trabajos de divulgación que por un afán de entretener tergiversan el conocimiento existente,<sup>4</sup> pero la creencia de que no es posible hacer llegar a un público masivo tal conocimiento no es más que un prejuicio (Adamovsky, 2011: 106). Divulgar no significa renunciar a la complejidad; un historiador puede y debe servirse de la cautela que signa a la producción académica para construir un relato coherente. Aquí el matiz debiera incluirse tan solo en la medida en que permita echar luz a la explicación, y no como un obstáculo que perpetúe indefinidamente la discusión. Esta cautela es el mejor aporte que puede hacer un historiador a la prensa y los espacios públicos en general: gracias a ella puede eludir por lo pronto los anacronismos y las posturas maniqueas, dos recursos muy fecundos en los medios de comunicación.

Algunas de las intervenciones en la pandemia actual dan cuenta de ello. Carlo Guinzburg, por ejemplo, brindó una entrevista al matutino chileno *La Tercera* alertando sobre los peligros del uso de un lenguaje bélico para referir a la lucha contra el virus: a partir de su estudio sobre el miedo como mecanismo de centralización política en la Italia temprano-moderna, el autor italiano pretende echar luz sobre lo que percibe como un avasallamiento de libertades (Marín, 2020). El planteo de Guinzburg se centra en el rechazo de una comparación histórica abusiva: la que vincula al estado de excepción bélico con el estado de crisis sanitaria. Lo interesante de su operación es que, al hacerlo, apela a una analogía que sí considera lícita: aquella que vincula el uso del miedo en tiempos del “Leviatán” hobbesiano con el uso del miedo

4. Para un análisis de los debates que suscitó en la academia el éxito editorial después de 2001 de publicaciones como las de Felipe Pigna y Jorge Lanata, ver Rodríguez (2010).

actualmente. Su intervención, en definitiva, acerca al gran público un conocimiento específico de la Historia moderna con la explícita intención de contribuir a la comprensión del presente. Al hacerlo no reniega de los resultados de sus propias investigaciones; pero las presenta de modo accesible al público no especialista. Independientemente de la validez que otorguemos a su planteo, la iniciativa representa una valiosa transferencia de la academia a la demanda social, orientada por la expresa voluntad de dotar al conocimiento de aplicabilidad efectiva.

### **Reformar para intervenir**

De lo expuesto hasta aquí se desprende una conclusión provisoria: una disciplina que se pretende transformadora de la realidad no puede renunciar a la disputa de significados históricos, y menos aún en un contexto signado por la urgencia. Pero, ¿qué hacer al respecto? Si la pandemia revela la reticencia de la Historia académica a intervenir en el “afuera”, es deseable aprender de esta experiencia. Y la reforma del plan de estudios se presenta como una oportunidad para ello; pues si el éxito de estas intervenciones en la arena pública depende del dominio de un lenguaje específico, es necesario formar a los historiadores para ello.

A diferencia de la enseñanza, la divulgación no lidia con un público cautivo. Para lograr que el público decida consumir la obra que se le propone, es tan importante lograr un producto atractivo como lo es brindar un conocimiento fiable. Y ello es imposible sin un entrenamiento. Si se trata de un género escrito, requiere de una mínima formación literaria para que cada estudiante aspire a alcanzar un estilo propio. Igualmente importante es la revalorización del formato narrativo para escribir historia, formato que hasta hace poco a los historiadores les estaba vedado (Di Meglio, 2011).

Si se procura trabajar como asesor cinematográfico, es fundamental dominar un conjunto básico de saberes sobre análisis cinematográfico o sobre técnicas de construcción de un guion. Aun si el contenido histórico es preciso, es difícil hacer un producto audiovisual atractivo desconociendo estas mínimas pautas. Algo similar ocurre con el diseño de políticas de memoria o de museografía: la inexistencia de materias formativas dificulta la incursión de los historiadores en estos espacios tan importantes de difusión de conocimientos históricos.

Para el cumplimiento de estas propuestas, es necesario revertir los prejuicios (implícitos y no tanto) que pesan sobre la Historia Pública. La pandemia desnuda más que nunca su importancia y su utilidad. Es interesante referir a

un estudio realizado por Seman, Merenson y Noel (2009), quienes entrevistaron a docentes de escuelas primarias y medias de la Provincia de Buenos Aires para evaluar el modo en que estos prejuicios se manifiestan a la hora de la planificación docente. Si bien la mayoría manifestó un rechazo por la fiabilidad de las obras de divulgación como portadoras de conocimiento histórico, la posición mayoritaria fue la de aquellos que “no adhieren, pero sin embargo usan”. Para los autores, este estudio es sintomático del persistente prejuicio hacia la divulgación, pero también lo es de un reconocimiento tácito de su mayor atractivo y de su utilidad. Quizás sea hora de explicitar más este reconocimiento. La Historia Pública tiene el potencial de acercar la academia al gran público si se emprende activamente la tarea; no hacerlo es dejar un vacío que capitalizan los discursos históricos menos confiables.

La idea de incorporar la Historia Pública como una tercera rama disciplinar en la carrera de Historia ya ha sido expresada en el pasado. Ezequiel Adamovsky y Gabriel Di Meglio dictaron en 2013 y 2017 una materia optativa sobre divulgación, pero no prosperó su propuesta de incorporarla como una materia obligatoria. Martha Rodríguez y el propio Di Meglio renovaron la propuesta en los paneles de la “Semana de la Historia”, organizados a fines de 2019 en el marco del debate por la reforma del plan de estudios (Filo Uba, 2020). Pero hasta ahora, estas propuestas no han llegado a buen puerto.

Por cierto, otras universidades argentinas sí avanzaron en esa dirección. En 2019, la Universidad Nacional de Quilmes creó su primer posgrado en Historia Pública y Divulgación Social, con el explícito objetivo de “ampliar las posibilidades del ejercicio de la profesión histórica” para que “la palabra del historiador pueda dialogar con grandes audiencias”.<sup>5</sup> Además, la licenciatura en la Universidad Nacional de San Martín incluye como asignaturas obligatorias un “Taller de Lectura y Escritura Histórica” y la materia “Divulgación Histórica y Técnicas Narrativas”. ¿Por qué no seguir un camino similar? Al no formar a sus estudiantes para producir Historia Pública, la Universidad de Buenos Aires los condena a ser autodidactas.

Además de la función social que cumplen estos espacios de intervención pública, existe un segundo motivo por el cual es deseable incentivarlos: la salida laboral que ofrecen. Las variadas formas de divulgación forman una parte significativa de las posibilidades laborales del historiador. En un contexto de crisis tan aguda como la actual, es de esperar que disminuya la oferta de plazas por parte del Conicet, el primer empleador nacional para investigadores. Paralelamente, la cantidad de egresados de Historia de la Universidad de Buenos Aires sigue una tendencia alcista:

5. El plan de estudios y su fundamentación están disponibles en: <http://www.unq.edu.ar/carreras/94-diplo-ma-de-posgrado-en-historia-p%C3%BAblica-y-divulgaci%C3%B3n-social-de-la-historia.php>

Tabla 1

	Ingresantes	Egresados			Relación egresos/ ingresos
		Licenciados	Profesores	Total	
1995	173	4	15	19	0,11
2005	436	10	59	69	0,16
2018	258	19	95	114	0,44

Fuente: elaboración propia a partir de datos del Departamento de Alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

Si bien el año 2005 ha marcado un pico histórico en la cantidad de ingresos en la carrera, el total de egresados ha crecido de forma constante en las últimas décadas: entre 1995 y 2018 (tan solo 23 años), la cantidad de egresados se ha multiplicado exactamente por 6. Y ante la perspectiva de un mercado laboral incapaz de absorber la creciente masa de historiadores, la necesidad de ampliar las posibilidades de ejercicio de la profesión es cada vez más acuciante.

La pandemia ha paralizado el proceso de reforma del plan de estudios. No hay una única solución posible a los interrogantes abiertos por este ensayo: la viabilidad de las alternativas propuestas (incorporar talleres literarios o materias de divulgación) debiera discutirse en un espacio interclaustrero. Pero, a la luz de la experiencia pandémica, es deseable que estos interrogantes sean de mínima tenidos en cuenta cuando se retome el proceso de reforma.

## Bibliografía

- Adamovsky, E. (2011). Historia, divulgación y valoración del pasado: acerca de ciertos prejuicios académicos que condenan a la historiografía al aislamiento. *Nuevo Topo*, N° 8, septiembre-octubre, pp. 91-106.
- (29/12/2016). Lo que dejó el debate por el rol del Conicet: ¿para qué sirve financiar investigaciones en Ciencias Sociales? *La Vaca*. Disponible en: <https://www.lavaca.org/notas/lo-que-dejo-el-debate-por-el-rol-del-conicet-para-que-sirve-financiar-investigaciones-en-ciencias-sociales/>
- Alconada Mon, H. (2020). Peter Frankopan: las decisiones que se toman en China le darán forma al mundo del siglo XXI. *La Nación*, 27 de junio. Disponible en: <https://www.lanacion.com.ar/el-mundo/peter-frankopan-las-decisiones-se-toman-china-nid2387027>
- Amadeo, P. (comp.) (2020a). *Sopa de Wuhan*. Disponible en: <https://www.electremosur.com/files/content/23/23684/sopa-de-wuhan.pdf>
- (comp.) (2020b). *Fiebre*. Disponible en: <https://www.electremosur.com/files/content/23/23821/la-fiebre-aspo.pdf>

- Asociación Chilena de Historiadores (comp.) (2020). *Historiadoras e historiadores locales frente a la pandemia*. Disponible en: [https://drive.google.com/file/d/110euAj9kWgskosVqWnWPaO8XFU-Se0STk/view?fbclid=IwAR17tMmdjx\\_ojtTJyBNmn9rtYu8rfkUBXy1Qrm21kOATB1jx5cWM6NBI-WM](https://drive.google.com/file/d/110euAj9kWgskosVqWnWPaO8XFU-Se0STk/view?fbclid=IwAR17tMmdjx_ojtTJyBNmn9rtYu8rfkUBXy1Qrm21kOATB1jx5cWM6NBI-WM)
- Cattaruzza, A. (2017). El pasado como problema político. *Anuario IEHS*, 32 (2), Tandil.
- Clío Dialoga UNSA (Canal de Youtube). Entrevistas disponibles en: [https://www.youtube.com/channel/UC1YqdmEuGc9\\_8wOYmFb2W9A](https://www.youtube.com/channel/UC1YqdmEuGc9_8wOYmFb2W9A)
- Di Meglio, G. (2011). Wolf, el lobo. Reflexiones y propuestas sobre la relación entre producción académica y divulgación histórica. *Nuevo Topo. Revista de historia y pensamiento crítico*, N° 8.
- (2016). Hay un mundo allá afuera. Reflexiones sobre algunas ausencias en la formación profesional de historiadores. *Investigaciones y ensayos*, N° 63, pp. 55-66
- FILO UBA (Canal de Youtube). Entrevistas disponibles en: <https://www.youtube.com/channel/UCJV9i-EnRp74G6OLCEjNqd1g>
- Hartog, F. (2010). El historiador en un mundo presentista. En Devoto, F. (dir.). *Historiadores, ensayistas y gran público. La historiografía argentina 1990-2010*. Buenos Aires, Biblos.
- Heinrich, M. (2020). Ya está online “La Fiebre”, la versión latinoamericana de “Sopa de Wuhan”. *Infobae*, 26 de abril. Disponible en: <https://www.infobae.com/cultura/2020/04/26/ya-esta-online-la-fiebre-la-version-latinoamericana-de-sopa-de-wuhan/>
- Lorusso, A. (2020). ¿En qué se parece la pandemia actual a las epidemias de la historia? *Noticias*, 21 de julio. Disponible en: [https://noticias.perfil.com/noticias/cultura/en-que-se-parece-la-pandemia-actual-a-las-epidemias-de-la-historia.phtml?fbclid=IwAR10RyCrnHRXWeBB0GfVWYlpPB-Zpj4rMWxhx5NEUgWsoYzYg\\_7JnQEoP4E](https://noticias.perfil.com/noticias/cultura/en-que-se-parece-la-pandemia-actual-a-las-epidemias-de-la-historia.phtml?fbclid=IwAR10RyCrnHRXWeBB0GfVWYlpPB-Zpj4rMWxhx5NEUgWsoYzYg_7JnQEoP4E)
- Marín, P. (2020). Carlo Ginzburg: “El uso de la guerra como metáfora allana el camino a la limitación de las libertades individuales. *La Tercera*, 6 de julio. Disponible en: <https://www.latercera.com/la-tercera-domingo/noticia/carlo-ginzburg-el-uso-de-la-guerra-como-metafora-allana-el-camino-a-la-limitacion-de-las-libertades-individuales/7GE3QKGAMSEI5BBD36BTC56DPQ/>
- Matute, A. (2007). La responsabilidad social del historiador. *Históricas* (Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM), N° 80, pp. 2-5.
- Merchán Iglesias, F. J. (2005). Los profesores en el aula: entre el deseo y la realidad. En *Enseñanza, examen y control: Profesores y alumnos en la clase de Historia*, pp. 13-48. Barcelona, Octaedro.
- Mudrovic, M. I. (2013). Regímenes de historicidad y regímenes historiográficos: del pasado histórico al pasado presente. *Historiografías*, N° 5, pp. 11-31.
- Rodríguez, M. (2010). Los relatos exitosos sobre el pasado y su controversia. Ensayistas, historiadores y gran público, 2001-2006. En Devoto, F. (dir.). *Historiadores, ensayistas y gran público. La historiografía argentina 1990-2010*. Buenos Aires, Biblos.
- (2019). Los historiadores y la divulgación de su saber. Un vínculo con avatares. *Todo es Historia: la revista de cinco décadas*. Buenos Aires, Biblioteca Nacional.
- Sánchez Marcos, F. (2009). ¿Qué es la cultura histórica? *Culturahistorica.es*. Disponible en: <http://culturahistorica.org/es/cultura-historica/que-es-la-cultura-historica/>
- Schäfer, W. (2007). Knowledge and Nature: History as the Teacher of Life Revisited. *Nature and Culture*, 2(1), pp. 1-9.
- Semán, P.; Merenson, S. y Noel, G. (2009). Historia de masas, Política y Educación en Argentina. *Clío & Asociados. La Historia Enseñada*, N° 13.
- Universidad Nacional de Colombia et al. (2020). *Lo público, lo político y lo conceptual. Ciclo de conferencias virtuales en Historia Conceptual*. Descripción del evento disponible en: <http://www.humanas.>

*Los historiadores y la urgencia*

[unal.edu.co/2017/unidades-academicas/departamentos/historia/eventos/escuela-internacional-concepta/lo-publico-y-lo-politico?fbclid=IwAR1IHMqwKZWx\\_uMVEFaaxt87JKip\\_hJz-C5YPDVnwV984KRauoSrOyPwXIMw](http://unal.edu.co/2017/unidades-academicas/departamentos/historia/eventos/escuela-internacional-concepta/lo-publico-y-lo-politico?fbclid=IwAR1IHMqwKZWx_uMVEFaaxt87JKip_hJz-C5YPDVnwV984KRauoSrOyPwXIMw)

Von Ranke, L. (1949 [1824]). *Pueblos y estados en la Europa Moderna*. México, FCE.